

otros disgustan. Estamos invadidos de ellos: biografías de mujeres galantes, historias de amor con cubiertas rosadas y fotografía de gran escote, memorias escandalosas de muchachas saliendo del lecho de un príncipe, novelas hechas con polvo de arroz en que las mujeres se conducen como tumbantes, idealizaciones continuas del desorden que le muestran provocativo, omnipotente en una apoteosis de lujo y de placer.

Una vez más lo digo: he ahí los verdaderos especuladores de la obscenidad moderna. Viven del vicio engalanado, negocian con la hipocresía de nuestra edad. Estén abajo ó arriba, hayan escrito las aventuras de Rigolboche ó los amores de una gran señora, basta que hayan mentido, que hayan velado la alcoba con una cortina rosa, que hayan cantado el vicio como idealistas en lugar de marcarle con un hierro candente como los naturalistas, para que su tarea esté envenenada y acabe en una inmoralidad final.

En el siglo XVIII, el cuento picaresco extiende su marco y llena volúmenes enteros. Al mismo tiempo deja un lugar á la observación y al análisis, va hacia la novela de costumbres, de malas costumbres, si se quiere.

\*

\* \*

No puedo estudiar esta evolución, que corresponde, como siempre, al movimiento social; me limito á señalarla. Sería necesario detenerse en

Crebillón hijo, en Laclós, en Louvet de Couvray y en otros muchos, y se vería que la literatura galante, obscena, como en la actualidad brutalmente se dice, tiene su raíz en la sociedad de la época, que procede de ella y la guía al propio tiempo. Los hermanos Goncourt, aunque desde un punto de vista distinto, han indicado este estudio en su obra tan original é interesante, *El amor en el siglo XVIII*. Muestran allí la vida del tiempo, las lentas modificaciones en los acontecimientos y en las ideas, toda esa materia social que determina una literatura. He aquí una página de aquel libro, que ruego se me deje tomar entera, porque es característica, y me permitirá hacer la luz sobre ese terrible marqués de Sade, del cual tanto se abusa en nuestra crítica contemporánea:

«¿A dónde, sin embargo—escriben los Goncourt,—debía conducir esa malicia en el amor, cuya desvergüenza, cuya profundidad, cuyos crecientes é insaciables apetitos á través del siglo hemos tratado de seguir? ¿Debía detenerse antes de haber dado como una medida espantosa de sus excesos y su extremidad? Hay una lógica inexorable que manda á las malas pasiones de la humanidad que vayan al fin de sí mismas y estallen en un horror final y absoluto. Esta lógica había asignado á la malicia voluptuosa del siglo XVIII su monstruoso coronamiento. Había habido en los espíritus una costumbre demasiado grande, la crueldad moral, para que esta crueldad permaneciera en la cabeza y no descendiera hasta los sentidos. Se había jugado demasiado con el sufrimiento del corazón de la mujer para no verse ten-

tado á hacerla sufrir más segura y más visiblemente. ¿Por qué, después de agotar las torturas de su alma, no habían de ensayarse en su cuerpo? ¿Por qué no se habían de buscar crudamente en su sangre los goces que daban sus lágrimas? Es esta una doctrina que nace, que se formula, doctrina hacia la cual va todo el siglo sin saberlo, y que no es en el fondo otra cosa que la materialización de los apetitos. ¿Y no es fatal que esta última palabra se dijera, que el eretismo de la ferocidad se afirmase como un principio, como una revelación, y que al final de esta decadencia refinada y galante, después de todos aquellos pasos hacia el suplicio de la mujer, un marqués de Sade viniese á poner, con la sangre de las guillotinas, el Terror en el Amor?»

He ahí una explicación histórica del papel del marqués de Sade. Aparece como una consecuencia fatal, hija de una larga evolución.

Pero esto no basta; para comprenderle, es necesario sentar que era un católico invertido, un hijo de la Iglesia exasperado contra su madre. En sus orgías, insulta á Dios con un desbordamiento de porquerías; y le insulta como un hombre cuyo ateísmo no es sólido; quiero decir que no tiene la indiferencia científica, que amontona rabiosamente las infamias para ahogar en sí la idea de Dios que no quiere morir. Cree, por otra parte, en el diablo, le teme seguramente de un modo horrible. Semejante cerebro debió ser con frecuencia visitado por la imagen del infierno. El infierno, y el infierno católico, es el que pinta en sus amores monstruosos, en los abominables suplicios con que

aguzaba la voluptuosidad. Hay ahí una imaginación diabólica, satánica, un goce en el dolor, una rebeldía en medio de los crímenes que caracteriza muy claramente la sombría locura de que pudo salir ese pintor de la bestia humana soltada en plena brama de la carne. Para mí, sale lógicamente del catolicismo, llega á la agonía del siglo XVIII después de las negaciones de los filósofos, y desempeña el papel de Satán triunfante, del viejo Satán de la Edad Media, monstruoso y lúbrico, degollando á las mujeres con la horca, aplastando á los niños con una caricia, predicando el incesto y el asesinato, soñando con la desorganización y el desmoronamiento final. El desorden de un reino ha preparado su venida, á la hora obscura en que, sobre los escombros de una realeza y una religión, las ciencias nuevas aun no habían reconstruido nada. De ahí ese fin de todo, esa orgía asesina que destruía el mundo, en la victoria decisiva de Satán contra Dios. Es, lo repito, el catolicismo vuelto del revés, Satán en lugar de Dios, el infierno en lugar del cielo, las calderas, las llamas, las llagas, la sangre, en lugar de la música de los serafines y la eternidad serena del bienaventurado. Sólo un creyente pudo imaginar tales horrores. Se ve allí la pesadilla de un loco de la fe que se pone á hacer sacrificios al diablo, con el furor sombrío y espantado de un fanático que cambia de altar, más bien por odio que por negación de su Dios.

Tal es, pues, el espíritu verdadero del marqués de Sade. La demencia religiosa se ha apoderado

de él, como entra en juego siempre que la sangre corre en el amor.

\*  
\* \*

Abrase la historia del mundo: se encontrarán, en las religiones, en los centenares de sectas que se han disputado los hombres, todas las aberraciones y todas las crueldades imaginables.

Cuando una creencia no diviniza la carne, la tortura; y las monstruosidades llegan en seguida, bajo el aguijón del sexo.

Actualmente hay en Francia un escritor cuyo ejemplo me da una prueba más de esto. Me refiero á Barbey d'Aurevilly.

No le acuso, es verdad, de ser una continuación del marqués de Sade; quiero limitarme á hacer una comparación con toda clase de reservas. Aunque, en suma, es el único que pueda ser comparado lógicamente con el marqués. Obedece al mismo espíritu. Es un creyente á quien la idea del diablo atormenta y que cede á veces á la rebelión del infierno. El mal, para él, es innato; y registra la carne, está muy cerca de saborear las delicias del dolor. Agréguese el aspecto satánico, extrañezas de ángel que la maldición atrae.

Se encuentran caracteres en todas las obras ultrarrománticas de Barbey d'Aurevilly. Pero señalo sobre todo su colección de novelas cortas *Las Diabólicas*, que el tribunal le rogó retirase de la circulación. Se siente allí la inmediata influencia del marqués de Sade, hasta el punto de que

ciertos párrafos parece le han sido tomados directamente: por ejemplo, la mujer á quien un marido engañado sella con el pomo de su puñal, valiéndose de lacre hirviendò.

Podría multiplicar los acercamientos, y allí cuando menos un encuentro singular. Lo cual viene, lo repito, de que la filosofía es la misma. En Barbey d'Aurevilly nos las habemos con un católico exasperado, que no parece aceptar á Dios sino por tener el placer de creer en Satán. Su título ya lo dice: *Las Diabólicas*, esto es, criaturas fatalmente malas, malditas, nacidas para la inmundicia y el crimen, poseídas y caídas en la monstruosidad. Aman en la sangre, refinan sus goces por la crueldad, desorganizan y triunfan del desmoronamiento de todo. Y tales son también las criaturas del marqués de Sade, diabólicas que llevan la revelación del mal y que se complacen en escupir sobre las leyes divinas y humanas. El marqués de Sade fué hasta el fin en su fe loca, aventurándose en toda la inmundicia, en toda la demencia de los apetitos, en una lengua de una crudeza innoble. Barbey d'Aurevilly no deja ver el monstruo más que á medias, como católico que sólo tiene caprichos permitidos por el diablo y como artista á quien el cuidado de una forma original absorbe.

\*  
\* \*

Si resumimos esta corta exposición de la literatura picaresca, la vemos nacer en nuestro país

con los buenos cuentos de nuestros padres, afinarse en el siglo xvii, ensancharse en el xviii y convertirse en la expresión profunda y viva de la sociedad, para caer, en fin, en las suciedades de la especulación y conducir al lodo sangriento del marqués de Sade. La evolución debía necesariamente ofrecer esta consecuencia final, porque la historia de nuestra sociedad ha marchado paralelamente.

Veamos ahora si, como á diario se declara en la prensa, nuestras obras naturalistas de la época actual se unen á la literatura de la picardía y la inmundicia. Esto será juzgar de su moralidad.

---

## III

En primer lugar, no somos picarescos, en el sentido amable y ligero de la palabra. Se nos acusa con razón de carecer de alegría y de ingenio, porque nuestros estudios son negros, austeros, demasiado profundos, para conservar aquella flor superficial que es el gran encanto del cuento, tal como lo entendían nuestros padres. Estos se detenían, en el adulterio, en la astucia de la mujer, en el gesto cómico del marido; y si el drama intervenía, cosa rara, era expeditivo, un simple hecho que desenlazaba. Nosotros, en el adulterio, vamos en seguida á lo trágico, tomando la aventura, no por el lado alegre, sino por el lado humano. Por otra parte, no nos atenemos al gesto, á la risa, á la epidermis; registramos á los personajes, llegamos en seguida á las miserias del hombre y de la mujer. Haciendo esto, el ingenio no es más que una campanilla que diera un sonido alegre, falso y miserable; el asunto se torna grave, el vaudeville pasa al drama; somos anatomistas que no pensamos poco ni mucho en el adorno. En una palabra, nuestra novela naturalista, cualquiera que fueren sus audacias, no podría ser grotesca; es cruda y terrible, si se quiere, pero no tiene ni la risa ni la fantasía galante de la picardía, que no es nunca otra cosa que un juego ingenioso.

más ó menos alegre y delicado con un asunto escabroso.

Es necesario, pues, dejar á un lado á Boccacio, Brantôme, La Fontaine y los otros. No procedemos de ellos. Es la suya una fórmula literaria que ningún parecido tiene con la nuestra.

Y, á este respecto, insisto sobre el escaso placer que nuestros libros producen á nuestros desordenados. Se lee á Brantôme con una sonrisa. Aquella serie de anécdotas, en las que sin cesar el gozo del sexo aparece sin un sufrimiento, está hecha para consuelo del vicio. El amor es allí fácil y poderoso, no se cogen más que las flores del placer, es aquello como un paraíso en que los amantes son despojados de su humanidad enferma y sucia.

\*  
\* \*

Tómese, por el contrario, una novela naturalista, *La señora de Bovary* ó *Germinia Lacerteux*, y póngase en manos de los desordenados: los disgustará profundamente, los espantará, porque se encontrarán allí feos y estúpidos, con la miseria temblona de su dicha. Hasta ocurrirá tal vez que crean que aquello es mentira, rebeldes, no queriendo reconocerse, demasiado acostumbrados, en su galantería, á detenerse en la epidermis, para aceptar la sangre y el lodo que hay en el fondo. Nosotros no cosquilleamos, aterramos, y en eso está una parte de nuestra moralidad,

Me permitiré citar un ejemplo que me es personal.

Cuando publicaba *Naná* en un periódico, todo el París de los bulevares y el *demimonde* se desahacía en protestas.

Yo había podido engañarme en ciertos detalles técnicos, en un estudio tan complejo y tan atestado de hechos; pero las protestas iban más contra el espíritu del libro, contra las costumbres y los caracteres, en particular contra la pintura de ese desorden parisiense que bate nuestras aceras. Se gritaba que aquello no era de aquel modo, que aquel desorden era más alegre, más espiritual, menos propenso al drama de la carne. Cronistas y autores dramáticos de talento, que vivían en el mundo de las actrices y las prostitutas, juraban sonriendo que mi *Naná* no existía; y lamentaban evidentemente que no hubiera dibujado con ligero trazo uno de aquellos finos perfiles de Grévin, una de aquellas flores encantadoras del vicio convenido, que tienen solamente el asomo de elegancia canallesca á la moda.

Pues bien, hubo en esto un fenómeno cuya explicación es fácil.

He ahí unos hombres de talento que toman del vicio lo que les gusta; gozan el buen humor, con el lujo y el perfume de las prostitutas; cenan con ellas, se olvidan con ellas, pero aceptando solamente su lado agradable, en un encuentro ó en un convenio. Son flores que ponen en su vida. Hasta cuando una mujer les salpica con su lodo, cuando caen una noche en un sumidero por estupidez ó por locura personal, guardan silencio,

teniendo por temperamento el horror de lo que no es alegre y amable, prefiriendo verlo todo color de rosa, bajo una nube de polvos de arroz.

Compréndese, pues, el malestar de esos testigos, de esos actores de la vida parisiense, en cuanto se les pone en presencia, como ocurre en *Naná*, de un drama sin velos y que desciende hasta la infamia de los personajes.

Si no os atenéis á la superficie encantadora, si vais más allá del vestido para entrar en la piel, más allá del tocador para abrir públicamente la alcoba, los trastornaréis terriblemente, estropearéis su placer. Se enfadarán si os ven con las rameras serios, graves, escalpelo en la mano, registrando el vientre de esas lindas personas, de las que no quieren conocer más que el raso.

Y tendrán razón al enfadarse, y obrarán de buena fe si os desmienten; porque, personalmente, siempre se negaron á ver la bestia en la criatura. Quisisteis demasiada verdad; por eso no comprenden y declaran falsa vuestra pintura.

Depende la cosa del punto de vista: si sois parisienses, en el sentido amable de la palabra, rozaréis los asuntos, los trataréis como hombres alegres, escépticos, paradójicos, tendréis una observación superficial aguzada por palabras, florecida por la moda, os detendréis en la pequeña comedia que se representa ante el público, con toda clase de reservas y convencionalismos; si por el contrario sois humanos, agotaréis los asuntos, los trataréis como sabios que quieren verlo todo y decirlo todo, desnudaréis vuestros personajes y los perseguiréis hasta en las miserias y las vergüenzas que se ocultan á sí mismos.

\*  
\* \*

He ahí por qué *Naná* fué declarada falsa por los viciosos parisienses, deseosos de atenerse á los trazos engañosos y provocativos de *La Vida Parisiense*.

Desde hace mucho tiempo, sé bien que nuestro principal crimen es ese, á los ojos de los idealistas. No embellecemos, no permitimos el ensueño con los asuntos sucios.

Comprendo sin trabajo que se nos reproche el que desolemos á la pobre humanidad, que necesitamos de la ceguera. Sólo que también fuera menester, por otra parte, no acusarnos de halagar el desorden, de provocar la picardía con nuestros cuadros, lo cual no es del todo lógico. Nada lleva menos á la picardía que nuestros libros: el hecho me parece indiscutible.

\*  
\* \*

Por consiguiente, no procedemos más de la novela licenciosa del siglo XVIII que del cuento picaresco de los siglos precedentes. Encontramos en esa novela la pintura acariciada é idealizada del vicio; hay ahí también una traducción del desorden, hecha para contentamiento del lector. El fin científico, la lección de verdad, no aparece nunca; cuando hay un desenlace moral, lo que

ocurre á menudo, este desenlace fué preparado de antemano; no se desprende de los hechos, no tiene la utilidad de una experiencia ensayada con elementos humano:

Nuestra novela es, pues, absolutamente original y no tiene nada de la novela del pasado; ó, al menos, desde los comienzos de este siglo, la antigua fórmula ha sido de tal manera modificada por el empleo de los métodos científicos, que resulta de ello una fórmula completamente nueva, que lleva consigo un arte y una moral. Esta moral, ha sido por mí definida, en mi estudio sobre la novela experimental, y no puedo por menos de repetir esta conclusión:

«Mostramos el mecanismo de lo útil y lo perjudicial, separamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales, para que un día puedan dominarse y dirigirse estos fenómenos. Trabajamos, en una palabra, con todo el siglo en la gran obra, que es la conquista de la materia, el poder del hombre decuplado.»

\*

\* \*

Pero un ejemplo hará comprender nuestro papel.

Vuelvo al marqués de Sade. En cuanto publicamos una novela, se nos echa á la cabeza ese nombre. Y esta es la «tarta de crema» de la crítica. Basta la injuria, se aplica á cualquier obra, sin estudiar su espíritu ni su fin.

No conozco nada tan inepto ni tan injusto.

Efectivamente, el marqués de Sade es un romántico exasperado, no tiene absolutamente nada del naturalista, del novelista experimental. Le he estudiado á grandes rasgos no hace mucho, y debe ser evidente para los espíritus lógicos que ese diabólico, ese católico invertido, es justamente todo lo contrario de nosotros los positivistas, analizadores de la verdad.

El parte del hecho extraordinario, casi sobrehumano; nosotros partimos de la marcha ordinaria de las cosas. El tiene tras sí el infierno, el diablo en lugar de Dios; detrás de nosotros está la ciencia.

Y aquí es donde la separación es decisiva. Ambas filosofías se completan y se excluyen. En él no hay más que un triunfo de la podredumbre humana; está en la monstruosidad por la monstruosidad; creyó en Dios, hoy cree en Satán, lo cual es lo mismo, y toda su obra es el chancro horrible de una fe extraviada.

Nosotros, cuando tocamos á la podredumbre, es únicamente por mostrarla y definirla; sometemos las monstruosidades á la experiencia, á fin de hacernos los amos; no somos obreros de la fe, sino los obreros del método; quiero decir que nos atenemos á los hechos probados, sin que nos embaracen los dogmas de una religión sobre el bien y el mal. Toda nuestra tarea consiste en ir de lo conocido á lo desconocido, y tenemos la certeza de que somos tanto más útiles cuanto más verdad hacemos.

En suma, si el espectáculo del desorden es una

cosa abominable, el estudio exacto de una pasión, aunque fuera llevado hasta la sangre, toma una elevada moralidad cuando ofrece las certidumbres de una experiencia y se convierte en un documento que habrán de tener en cuenta los criminalistas y los legisladores.

\*  
\* \*

No hablo de la lengua infame del marqués de Sade, quien ha prodigado los pocos términos vergonzosos del diccionario, sin más intención que añadir á la lubricidad de los hechos la excitación sensual de la palabra misma. No es eso ni la erudición de un lingüista ni la fantasía de un artista; es el bramido de un hombre que se excita con palabras inmundas. Todo esto es morboso y del dominio de la patología. El caso de este hombre recuerda el de las poseídas, de las convulsionarias, que, en la locura de sus creencias, se entregaban al diablo é iban al sabbat, manchando las iglesias con orgías furiosas, poniéndose en cuatro patas ante los altares, holgándose como los animales.

La ninfomanía está en el fondo de la antigua superstición; un viento de terror arrebató á los creyentes y les hace caer de la fe en la magia. Al final hay el milagro, quiero decir lo monstruoso, lo sobrehumano, lo infernal.

Léase *La Bruja*, de Michelet, ese terrible cuadro de la locura religiosa de la Edad Media, y se

encontrará en él al marqués de Sade: la violación, el incesto, los amores bestiales y contra natura, una rabia de fornicación y de asesinato que se sacia á cada instante en la sangre y el lodo. Es la misma demencia, el mismo eretismo de la carne, bajo la conmoción de los dogmas católicos.

\*  
\* \*

En nuestra literatura, el marqués de Sade es la expresión directa del sabbat, del infierno tal como salía de las iglesias, aullando, saltando, ensuciándolo y rompiéndolo todo, en ciertos días de licencia popular.

Y aquí es donde vuelvo á encontrar á Barbey d'Aurevilly.

Tiene la misma concepción del mal que el marqués de Sade. En él, los personajes malos son poseídos que el diablo empuja á actos monstruosos y sobrehumanos. No va tan lejos como el marqués en el delirio sexual, pero dice lo bastante para que el resto se adivine.

El también es perseguido por el sabbat y sus abominaciones carnales. Se complace, con el espasmo, en el goce agudo de un católico que se expone á ser condenado. En el fondo experimenta ternuras por los hechiceros, tiene el dandismo de oler el tostado. Su fatuidad es hacer creer que pasa las noches con sus diabólicas, libre de confesarse de ello al siguiente día.

Ahora bien: ¿dónde está la moral en todo eso?



El señor Barbey d'Aurevilly la pone sin duda en el temor de Dios. No deduce y no sabría deducir.

Como no es un espíritu banal, no quiere desenlazar sus historias, como los novelistas inferiores, haciendo que intervenga la Providencia para castigar el crimen; ó al menos, cuando la hace intervenir, como por ejemplo en *El Cura casado*, es de una manera tan extraordinaria, tan milagrosa, que la lección parece sacada de un cuento de hadas.

Con él no se tiene, pues, más que una escapada al infierno, una pintura del mal acariciado con amor romántico, llevada á lo agudo y á lo extraordinario; en una palabra, marqués de Sade posible en la sociedad. Y esta pintura está hecha por el placer de la pintura misma, sin ningún cuidado de la verdad, hasta con el desdén de la verdad y la intención bien marcada de la exageración en el sentido de lo sobrenatural.

Tomemos un ejemplo.

El señor Barbey d'Aurevilly pinta una mujer pública. Esto le ha ocurrido; ha puesto particularmente una en *Las Diabólicas*; verdad es que esta mujer es una gran señora española que se ha hecho prostituta por vengarse del marido: una linda historia según se ve, y bien sencilla, y bien natural.

No importa; es una prostituta. El autor, no contento con haberla dado tal origen, por aborrecimiento de lo común, se complace en seguida en un cuadro extravagante. La coloca en el fondo de un tabuco, que amuebla de una manera maravillo-

sa; la presta sorprendentes ocurrencias, la quita, en una palabra, realidad, para ponerla en una pesadilla cruel y sangrienta.

He ahí un marqués de Sade bien caracterizado. Es un cuento abominable inventado por un escritor de una originalidad atormentadora y rara. Y con seguridad que ese cuento no lleva ni documento verídico ni lección moral, desde el momento en que se ha construido en el aire y en que quiere ser la expresión satánica del mal. Esto nos coloca en plena metafísica. Veo ahí, el autor diga lo que quiera, una preocupación enfermiza de lo inmundo por lo inmundo.

Ahora, he aquí un novelista naturalista que quiere estudiar á una prostituta.

Tomará esta prostituta en su generalidad, en su vulgaridad. La mostrará determinada por la herencia ó por el medio; si resbala al desorden, es que fué á él empujada por la embriaguez de los parientes y por las promiscuidades del arrabal.

Luego, el autor, siguiéndola paso á paso, analizándola en sus ropas, en su morada, en los hombres que se le acercan, mostrará su papel social, establecerá claramente de qué modo organiza y destruye.

Se ve, pues, que una elevada moral práctica se desprende de la obra. No es ya la pesadilla de un católico extraviado por la preocupación del diablo; es un sabio, un observador y un experimentador que da y clasifica documentos humanos.

He ahí una prostituta, he ahí cómo crece y cómo funciona en seguida, he ahí hechos establecidos por la observación y la experiencia; en lo su-

cesivo, puesto que la experiencia nos hace dueños de los hechos, á nosotros nos toca impedir que se produzcan; saneemos los arrabales, suprimamos científicamente las prostitutas. Y aún cuando la obra no llevase esta conclusión práctica, tendría siempre la utilidad de una información exacta, de una verdad humana puesta en pie, indestructible.

¿He logrado esta vez hacerme comprender? ¿Está claro para todo el mundo que, cuando la crítica, con su bella inteligencia, nos recuerda al marqués de Sade, no sabe absolutamente lo que dice?

Nuestra concepción científica de la naturaleza es diametralmente opuesta á su concepción católica. El marqués de Sade es un idealista terrible, que triunfa en lo sobrenatural y en lo irracional. De manera que sus hijos directos son actualmente nuestros adversarios, los que nos acusan de trabajar en la inmundicia, porque trabajamos en la verdad. Declaran la verdad banal y sucia, cuando toda la moral está en ella, en ella sola. Creen ser tanto más nobles cuanto más se pierden en las mentiras de la imaginación; y llegan al brinco final, saltan en plena demencia, caen en pleno marqués de Sade, en ese último desmoronamiento de la razón, en el cual la bestia humana se revuelca bajo la opresión espantada y voluptuosa del diablo.

Llámenos positivistas, materialistas, ateos; es esa una disputa filosófica, y la aceptamos.

Los católicos y aun los simples deístas, sean románticos ó doctrinarios, tienen la pretensión

de ser los únicos grandes, los únicos virtuosos, los únicos caritativos, porque dejan desconocido al hombre.

Nosotros creemos que todos los males vienen de lo desconocido, y que la única tarea honrosa es disminuir este desconocido, cada cual en la medida de su fuerza.

No puedo aquí tratar de esas elevadas cuestiones; toda mentira lleva el mal consigo, aun cuando esa mentira tenga una apariencia de grandeza.

Pero cuando los argumentos de nuestros adversarios se hacen odiosos es cuando nos acusan de obscenidad y de especulación vergonzosa.

He dicho ya que no procedemos ni del cuento picaresco ni de la novela licenciosa; he demostrado que los hijos directos del marqués de Sade, lejos de encontrarse entre nosotros, están por el contrario entre los románticos impenitentes y exasperados. La literatura obscena, es decir, la literatura de imaginación libertina, que inventa asquerosidades por gusto y sin ningún fin de información exacta, no puede crecer más que en la cabeza de un novelista espiritualista. Nuestros análisis no pueden ser obscenos, desde el momento en que son científicos y constituyen un documento. He ahí lo que es menester repetir á cada instante, lo que se ha de probar siempre para que cada cual, en nuestras cartas modernas, tome al fin su verdadero puesto al sol.

---

## IV

Se acusa á los novelistas naturalistas de especular con el vicio.

Lindísima sería su tarea, y fuera la suya una campaña divertida, si ellos acusasen á sus adversarios de especular con la virtud. Tartufo tiene toda una descendencia que llena los periódicos, los libros, los teatros.

Lo que se ha de establecer en primer término es que, en suma, la especulación con el vicio no lleva lejos; y hablo aquí de la especulación real, de la que se refugia en Bélgica y es practicada á escondidas.

Los infelices obligados á buscar su pan en tan vergonzoso tráfico son todos gente pobre; no se me citaría uno que haya realizado ni una mediana fortuna. Por otra parte, si se quiere someter al equívoco y manchar á los verdaderos artistas, insinuando que estudian al hombre hasta en sus vergüenzas, para excitar al lector y vender mucho, se apoya únicamente esta calumnia en ciertos éxitos raros y excepcionales, debidos á causas diversas, sin tener en cuenta el fracaso casi general de las obras de verdad y de audacia. Se citará, sí, la venta enorme de *La señora de Bovary*, y se dirá que esta venta fué sencillamente determinada por el episodio del fiacre. Pero se pasarán en silencio las largas vacilaciones, diría casi las lar-

gas repulsiones del público por las novelas de Stendhal y de Balzac; esos escritores no ganaron nada mientras vivieron, analizando atrevidamente la realidad.

¿Y los hermanos Goncourt, de cuya *Germinia Lacerteux* no se vendieron al pronto dos ediciones sino al cabo de diez años? ¿Se dirá que éstos habían querido ganar dinero contando los amores exactos de una criada? En todo caso, muy mal cálculo habrían hecho; porque, mientras sus libros ásperos y fuertes quedaban en el almacén, las engañosas historias de Octavio Feuillet, esas historias rodeadas de las virtudes convenientes y á la moda, se elevaban por lo común á treinta mil ejemplares, en medio de un prurito sentimental é hipócritamente sensual.

\*

\* \*

Quiero llegar á lo siguiente:

La especulación con la virtud es mucho más productiva que la especulación con el vicio.

Según he dicho ya, nuestras obras son demasiado negras, demasiado crueles, sobre todo para cosquillar al público en buen sitio y procurarle placer. Rebelan, no seducen. Si algunas llegan á una larga venta, la mayor parte dejan á la multitud inquieta é indignada. Así, pues, los principiantes que, por cálculo, se lanzaran en la pintura de la infamia humana, pronto sufrirían terribles desengaños. Comprenderían en primer término

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Libro. 1923 MONTERREY, MEXICO